

Cultura de la cancelación: ¿una amenaza para la democracia?

CRISTINA CASABÓN

Lo fácil es eludir las disonancias cuando aparecen. Pero quienes realmente deseen vivir conforme a sus pensamientos, convicciones y principios, han de ser capaces de vencer algunas «certezas» en el ámbito de la opinión pública. A los que se saltan los límites de lo superficial o de lo políticamente correcto se les retira con frecuencia el derecho a expresarse libremente. Hoy en día, ya no es solo el poder político, también la sociedad civil ejerce la censura y cancela a los oponentes, con lo que se duplica el empobrecimiento del debate, sostiene la autora de este artículo.



Lea el artículo completo en
www.nuevarevista.net



El reto, decía Paul Valéry, es dejar de abolir las ideas disonantes.

Foto: © Shutterstock.

En algunos casos, los intelectuales estarían dispuestos a cuestionar muchas opiniones políticamente correctas, pero muchos se autocensuran para evitar ser juzgados en los nuevos tribunales. Es más fácil y más efectivo crear una especie de imagen inmoral del enemigo y arrojar etiquetas a las cabezas de los ciudadanos, que argumentar y aportar ideas en un debate. Los juicios éticos implícitamente anulan la «autonomía moral» del ciudadano, y esta autonomía, que se ejerce con la libertad de pensamiento y opinión, es básica para el fundamento de toda sociedad liberal, y para superar la «moral de la obediencia», o la obediencia ciega, un debate del que se ocuparon autores como Kant o Arendt.

Isaiah Berlin creía que cada persona y cada época tiene, por lo menos, dos planos: «Una superficie superior, pública, iluminada, fácilmente perceptible, [...]